

no hay más que un recurso en estos instantes supremos, en esta suprema angustia; no hay más que la espada de Francia.

—Pero la espada de Francia, una fuerza material, no sirve de nada contra tantas fuerzas materiales. Imposible que reproduzca la epopeya guerrera del primer Imperio, al cabo rematada por una catástrofe, por Waterloo. La precisión y la fuerza de las máquinas de guerra han imposibilitado las inspiraciones del génio. Tantos contra uno pueden aniquilarlo. Pero aun os queda un recurso, la fuerza moral: arrojad la espada é invocad la libertad. Entonces volvereis á ser la nacion iniciadora del progreso, el pueblo redentor, el génio de la filosofía; y con el viento que vuestra bandera agite, se caerán las coronas de vuestros enemigos; y cada paso que dé Francia resonará como un golpe mortal en las bases de los tronos. Entonces vereis cómo los reyes no pueden declararos la guerra. Unos habrán caído á vuestros pies, derribados por vuestras ideas. Otros necesitarán sus fuerzas para emplearlas contra sus pueblos.

Y Francia volverá á ser el sol de las naciones.

—Pero todo eso á costa de proclamar la República, exclamó el militar, jamás; la República, que nos desarmaria, jamás, jamás. Venga la guerra contra todos y contra todo, que yo tengo fé en los destinos del Imperio.

—Sonad, sonad la trompa guerrera, le dije yo. El mundo político europeo, amenazado por la guerra, me parece como aquel gigantesco sueño de Byron, en que el sol se ha ido, las estrellas se han apagado, el dia ha muerto, el planeta rueda como un yerto cadáver en los espacios infinitos, cosido dentro de un saco de tinieblas; y los hombres queman sus bosques, sus pueblos, sus riquezas para iluminarse; hasta que todo consumido, todo devorado por el frio, dos eternos enemigos, palpando en la oscuridad, encuentran las cenizas medio apagadas de un altar, soplan su rescoldo, lo avivan, y al mortecino resplandor se ven, y espiran de rabia, leyendo cada cual mutuamente, en su pálida y demacrada cara esta siniestra palabra: ¡Maldito, maldito!

CAPITULO LXXIX.

LA REVOLUCION ESPAÑOLA.

¿Qué impidió en aquel momento la guerra? Un suceso extraordinario, aunque previsto; el estallido de la revolucion española y el destronamiento de la dinastía de Borbon.

Si alguna vez el despotismo logró apagar la vida de un pueblo, fué en los últimos tiempos del reinado de Doña Isabel II. Nadie pensaba que pudiera verificarse el milagro increíble de la resurreccion de España. Todos creían llegada la hora siniestra y solemne de su muerte. La noticia de que la espada de Narvaez se habia embotado para siempre en la losa de su recién abierta tumba no tuvo eco ninguno. Los que esperaban una revolucion triunfante así que dejase la férrea mano de guardar la frágil corona, quedaron muy desengañados.

¿Qué importaba, ni qué significaba un muerto más en aquella tierra de los muertos? Se morían los opresores sobre el cadáver de los oprimidos sin que se viera despuntar ninguna luz por nuestros horizontes cargados con las miasmas de cuatro siglos de corrupcion y tiranía. La patria infeliz, bien deseaba sacu-

dir tan triste estado que embargaba todas sus facultades; pero la magnitud de la empresa excedía á la intensidad del deseo. El régimen vigente se apoyaba en tradiciones creadas por una larga servidumbre, en el miedo á la libertad de las clases conservadoras, en la cándida ignorancia del pueblo oprimido brutalmente para que no viera la libertad y no la desease con la viveza propia de nuestra raza, y la conquistase con aquella energía, característica de los conquistadores del mundo. La monarquía forjaba una mordaza para todos los lábios, y ponía un límite infranqueable á todas las ideas, un freno á las más nobles aspiraciones. El clero la apoyaba en esta obra de la degradacion de una raza de héroes, en este aniquilamiento de la conciencia de un pueblo nobilísimo; y las clases conservadoras, que empezaban á temer por sus propios intereses, en vista de la tenacidad de la reaccion, temían más, mucho más, los azares de las revoluciones. Por consecuencia Gonzalez Brabo, dueño absoluto del poder, no ha-

cia otra cosa que impulsar la máquina montada por el clero y la monarquía como la impulsaba Narvaez. Singular hombre en verdad este Gonzalez Brabo que fué el primer ministro de la Reina Isabel, y que estaba destinado en los secretos de la Providencia á ser tambien el último. Tenia todas las cualidades del demagogo antiguo: valor, audacia, elocuencia, volubilidad de carácter, mayor volubilidad todavía de ideas, vida pública guiada por su interés; ningun escrúpulo para agitar como los tribunos al pueblo cuando se hallaba en la oposicion, y ninguno para oprimirlo como los Césares cuando estaba en el poder; facilidad increíble para cambiar de banderas; sofistería ingeniosa para sostener todos los principios; temeridad en los combates políticos, fé extrema en su destino, menosprecio por la opinion pública, amor, sin embargo, al aplauso, impaciencia contra las censuras, rapidez en la concepcion de un sistema, prontitud y energía para realizarlo, mucho amor propio, y ninguna consecuencia. ¿Quién podia representar mejor el sistema de aventuras á que se entregaba la córte? ¡El! que adulára al pueblo, sabia cómo se abate á los pueblos. ¡El! que fuera tribuno, sabia cómo se enerva á los tribunos. ¡El! siempre conspirador, sabia cómo se desbaratan las conjuraciones. Catilina se vestía de fraile.

La prensa española no tiene páginas tan demagógicas como las que escribiera Gonzalez Brabo. La tribuna española no tiene discursos tan tribunicios como los que Gonzalez Brabo pronunciara. Durante la guerra civil disolvía pólvora en el vino de las tabernas; y esa era su tinta. Arrazola fué su compañero de ministerio varias veces. Y sin embargo Arrazola no pudo olvidar que Gonzalez Brabo, dirigiéndose á él, dijo estas palabras: «No hay espectáculo más instructivo á un pueblo que enseñarle en la horca la cabeza de un ministro.» La Reina Isabel le ha nombrado cuatro veces su ministro, dos su presidente

del Consejo. La Reina Isabel le ha condecorado con el Toison de Oro, guardado en las pueriles etiquetas cortesanas para los reyes ó para los iguales de los reyes. Y sin embargo, la Reina Isabel no podia haber olvidado que dirigiéndose á su madre, ¡oh! á su madre, Gonzalez Brabo comenzaba así un artículo: «Ilustre prostituta.» Yo comprendo que un rey constitucional nombre en la pasividad impuesta á sus deseos por las leyes ministro á un hombre aclamado por la opinion pública. Pero no comprendo que una Reina absoluta, ó al ménos arbitraria, desafíe la opinion para nombrar ministro á un hombre que ha insultado lo que más queremos en el mundo, lo que más respetamos nosotros los plebeyos; nuestra madre, por cuya honra perderíamos cien veces la vida y hasta el alma.

Bien es verdad que en este culto á la familia, natural en todos los corazones, muestran los reyes tan monstruosas excepciones, que solo me explico y solo me disculpo con pensar que el metal de una corona quema una conciencia. Carlos III, sin embargo, no perdonó jamás á los jesuitas que abrieran una informacion para probar que era hijo, no de Felipe V, sino de Alberony, ministro favorito de su madre. Este recuerdo fué una de las causas que más directamente influyeron en la expulsion de los jesuitas. Pues bien: la Reina Isabel hizo uno de sus oráculos, una de las personas más influyentes en su córte, á la monja sacrílega, que intentó probar el año 39 con el milagro de sus llagas, que la Reina Isabel no era ni hija de Fernando VII.

Continuemos en el estudio de Gonzalez Brabo. Nombrado por la córte para armarle á Olózaga un proceso cuyo fundamento era una calumnia, saltó con la impetuosidad propia de su carácter violento por encima de la Constitucion y de las leyes. Cayó á los pocos días tan desacreditado, que ni siquiera su nuevo partido lo quiso para ministro. Veinte y tres años pasó fuera del poder, aunque buscándolo con todos los medios y por todos los

camino. En esto, las necesidades de la política habian traído un nuevo partido conservador que se llamó la union liberal, y que en cinco años de un gobierno largo y fuerte desmintió su título con una política reaccionaria. Gonzalez Brabo recobró sus hábitos y su lenguaje de tribuno, fué á los clubs, escribió artículos violentísimos, y hasta amenazó á la dinastía con suerte semejante á la suerte de la dinastía de Nápoles. El ministro llegó á sus manos, merced á la caída de la union liberal; y, ya ministro, comenzó á practicar la autoridad con la misma violencia antes empleada para defender, como orador, la libertad. El partido liberal no podia perdonarle su política ni olvidar su historia. Comprometido en una serie de violencias contra la Universidad y contra la prensa, cayó Gonzalez Brabo del poder bajo los anatemas de la opinion. No olvidó nunca esta caída, en que la cátedra y la prensa tuvieron tanta parte, alcanzando una de esas victorias morales reservadas á las instituciones modernas cuando pueden moverse en los dilatados espacios de la libertad; y vuelto al poder en la última reaccion, iniciada á consecuencia de nuestra última derrota, resolvió tomar ruidosa venganza de la prensa oprimiéndola y de la Universidad despoblándola. En cuanto á los que, por un deber de conciencia, contribuyeron á su caída, todos fueron condenados á muerte. Pero se realizaron sus deseos: mandó á su arbitrio en el silencio y en la oscuridad, sin que una palabra contraria le perturbara, sin que la más ligera oposicion asomase, conservando las apariencias del sistema constitucional como los emperadores de Roma conservaban los nombres de las magistraturas republicanas despues de haber suprimido la República. Su política estaba resumida en dos frases: combatir á la revolucion armada con las armas, y á la revolucion pacífica con las leyes. Comprendo lo relativo á la revolucion armada: es su deber. Pero en esta Europa, donde la mayoría de los gobiernos presentan la soberanía po-

pular como su título, el sufragio universal como su origen, el cumplimiento pacífico de la revolucion como su destino, el gobierno español ofrecia una excepcion monstruosa, consagrado á comprimir las ideas modernas como aquel tirano persa que azotaba el mar.

El ministerio que Gonzalez Brabo constituyó, era un ministerio insignificante, donde no se oia ninguno de los nombres que formaban como el núcleo del partido moderado. Hasta Sanchez Ocaña, que era el representante en el gobierno de una fraccion tan numerosa como la de Moyano, y de una idea tan popular como la idea de las economías, cesaba, convencido sin duda de que la tiranía es un monstruo hambriento, el cual necesita tambien un presupuesto incalculable para satisfacer su hambre. El abandono del ministerio de Hacienda por Sanchez Ocaña demostraba que la fraccion ménos reaccionaria del partido moderado no apoyaba á Gonzalez Brabo.

Lastimaba ver un país tan hermoso por su cielo, tan rico por sus campos, tan abierto á todos los productos del comercio por sus costas, tan grande por su gloriosa historia, tan ilustre por los géneos dados al mundo en las artes de la paz y de la guerra, tan amable por el carácter de sus hijos, tan sublime por el valor de sus razas; lastimaba verlo reducido á sufrir un gobierno tiránico, que manchaba con su hálito venenoso los huesos de nuestros padres, los cuales se sacrificaron en la guerra de la Independencia y en la guerra civil para darnos los dos primeros bienes de los pueblos: la libertad y la pátria. Pero España enseñaba cuán fatal es una ciega generosidad á cuyos impulsos los pueblos vencedores suelen dejar confiada la custodia de sus derechos á los tiranos vencidos. Caeremos todavía más bajo con el peso del cadáver que llevamos sobre nuestros hombros, hasta que por un esfuerzo supremo consigamos alzarnos á ver la luz y á respirar la libertad, dando á los manes de nuestros padres, tantas veces ilustres domeñadores de la tiranía, el consuelo

de creernos dignos de continuar la obra comenzada en 1808, y de llamarnos hijos de los que redimieron á Europa. Yo lo esperaba aún, y esta esperanza era mi fortaleza en el abatimiento de la derrota y el lenitivo único á los dolores del destierro.

Así en otoño de aquel mismo año sobrevino la revolucion, por no poder España sufrir más tiempo resignada la horrible reaccion borbónica. Tres años hacia que el más absurdo despotismo se implantara entre nosotros. Y no pasó un sólo año sin protesta. Podía sucumbir este nuevo esfuerzo; pero no por eso dejaba de ser digno y honroso ese forcegear continuo de nuestro pueblo bajo su yugo. No hemos nacido para la esclavitud. La Reina preveía que su política de persecucion no contaba con una grande vitalidad. El vacío ganaba su trono. Olvidando que España quiere, sobre todo, su independencia, trataba de unir la reaccion española á la reaccion europea. A este fin desposó á su hija con un ex-príncipe de Nápoles. Los muertos abrazaban á los muertos en la fosa comun de su historia. En seguida demandaba el auxilio de Napoleón á quien odiara siempre. Cuando la entrevista debia celebrarse, no sin gran repugnancia de parte de las Tullerías, la bomba estalla entre los piés de la mesa del festin ya preparada en San Sebastian para festejar á los huéspedes, á la familia imperial de Francia.

La marina tiene la gloria de haber comenzado la revolucion. Y no se venga diciendo como tantas otras veces que estas son insurrecciones militares, contrarias al honor nacional. Tal idea proviene de una falsa concepcion de la sociedad, y de una serie de preocupaciones monárquicas. ¿Pues qué los soldados, tanto de mar como de tierra, no son ciudadanos? Y siendo ciudadanos, ¿han de ver indiferentes que se esclaviza á su patria, que se persigue á su familia, que se dilapida el tesoro público, que se violan todas las leyes, y se rasga artículo por artículo el pacto sobre

el cual descansa la nacionalidad española? Cuando un gobierno quiere ser respetado, comienza por respetar la ley. Cuando una monarquía quiere ser obedecida, comienza por obedecer la Constitucion.

Nosotros teníamos un derecho perfecto, absoluto, aun dentro de aquella legalidad, para negar á la Reina el juramento de obediencia, porque ella habia comenzado por negarnos el juramento de respeto á nuestros derechos. Pero contemos y no discutamos un hecho, cuya justificacion se encuentra en la conciencia universal. Isabel II quiso al entrar el otoño de 1868, aflojar un poco su política de cuerda tirante. Conocia bien que no era posible tirar mucho tiempo de un cuerda podrida. Pero el miedo á una media libertad de prensa que dejara penetrar algun rayo de luz en el calabozo de su poder; y el miedo á una amnistía que pudiera enviarle á vivir á su lado, respirando el mismo aire que ella, á tantas víctimas de su arbitrariedad, le impidieron una inteligencia con el partido conservador que le proponia medidas de reparacion y sentimientos de concordia.

La escuadra de Cádiz, la *Villa de Madrid* y la *Zaragoza*, enarbolaron la bandera de insurreccion. El brigadier Tópete se puso al frente. Los generales desterrados á Canarias llegaron á bordo de estos buques. En los primeros momentos, segun unas noticias, Cádiz, ó mejor dicho, el gobernador de Cádiz se negaba á entregar la plaza á la revolucion. Segun otras noticias, la revolucion estaba en Cádiz vencedora. Al mismo tiempo, el general Prim se dirigia á Valencia, á Cartagena. Estas plazas rebosaban de elementos revolucionarios, y debian responder inmediatamente al grito lanzado en Cádiz. El gobierno se encontraba sin ministro de la Guerra. El general Concha (D. José), fué nombrado á última hora para este cargo por la Reina, prescribiéndole una resistencia á toda su costa.

El país estaba cansado de la tiranía insolente que sobre él caía, y aprovechaba aque-

lla ocasion suprema de reivindicar su libertad y de regir por su soberanía los propios destinos. Es necesario para conocer la corriente de esta revolucion, remontarse á su origen. No hablamos del antiguo, del eterno, de la irremediable contradiccion, del profundo antagonismo entre las ideas de la dinastía y las ideas del siglo. Hablamos del inmediato, de los hechos que lógicamente vinieron á engendrar el hecho capitalísimo de este levantamiento. Un partido se formó en España, como un organismo nuevo de una nueva idea, el partido democrático. La Reina en su ceguera no solamente queria desconocer la idea, sino hasta negar el hecho. Esta manía la heredó de su padre, el cual dió un decreto declarando que no habian existido los tres años del régimen constitucional. Registrad los delirios de los déspotas desde el azote del mar por Ciro hasta los desposorios con la luna de Calígula y no encontrareis en ninguno la idea de suprimir el tiempo. Estaba reservada á Fernando VII. Pues su hija se dió á suprimir un hecho inevitable. El partido democrático no existia. En vano entraban los diputados demócratas en las Cortes, los periódicos democráticos en el palacio de Madrid; en vano desde la Universidad Central, catedráticos muy populares que profesaban públicamente estas ideas, las infundian á toda una generacion; para la Reina los hechos no eran hechos. A cuantos ministros llegaban á su presencia les imponia esta declaracion: la ilegalidad del partido democrático.

Tal locura debia dar sus resultados. Fueron disueltas por el ministerio Miraflores unas Cortes y convocadas otras en el mes de Junio de mil ochocientos sesenta y tres. Los partidos liberales, que habian hecho en la tribuna grande y provechosa propaganda, se preparaban á luchar legalmente en los comicios. El partido democrático, pidió permiso para celebrar una reunion electoral. Los que firmaban la peticion, escritores, abogados, catedráticos, estaban todos en las listas electora-

les. Pero el ministerio, violando el principio de reunion, dió una Real orden en la cual disponia que solamente facultaba para ejercer este derecho á los electores, á la sazón muy reducidos en número por lo aristocrático del censo. Tal orden mataba la influencia de los oradores sobre las muchedumbres, la influencia de las muchedumbres sobre la opinion, la influencia de la opinion sobre las elecciones. El partido progresista, partido hasta entonces constitucional, presentó una protesta contra la Real orden, anunciando que si no se revocaba, entraria en la abstencion, y que esta abstencion significaba el propósito de apelar á la fuerza contra la fuerza, á la violencia contra la violencia, á la ilegalidad contra la ilegalidad. La Reina pudo salvarse revocando la Real orden inconstitucional; pero prefirió una lucha á una concesion. Los dos partidos liberales se retiraron de las urnas publicando á la vez dos elocuentes manifiestos que la historia registrará como dos muestras clarísimas de la entereza política de España y de su virilidad de carácter. La Reina habia sido advertida á tiempo. Su orgullo iba á ser tremendamente castigado.

Pronto comprendió su error al ver cómo la opinion pública se despertaba. Por aquellos dias murió el promovedor principal del retraimiento, diputado á Cortes por Madrid y director de *La Iberia*, murió Calvo Asensio, que se habia distinguido por una energía de voluntad y una fuerza de conviccion verdaderamente incomparables. Jamás ningun ciudadano tuvo entierro como aquel entierro. Madrid entero se vistió de luto. La Reina se vió obligada á no salir aquel dia de su palacio, porque sólo encontraba rostros amenazadores. Las elecciones estuvieron desiertas. Una comision de los partidos liberales se instalaba á la puerta de los colegios, y notaba con un lapiz los nombres de sus correligionarios, que iban á votar para entregarlos á la execracion pública. Ninguno aparecia. En Madrid, en Barcelona, en Zaragoza, hubo